



Globalización, geografía e historia

OSCAR AGUILAR BULGARELLI

Presidente del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

La acción conjunta de la globalización, la historia y la geografía quedó perfectamente definida por el economista Ricardo F. French Davis, de la CEPAL, al señalar que en los países latinoamericanos los efectos de la globalización no han sido los más favorables para el crecimiento y la equidad, y que “el intercambio no es una panacea para todo, representa sólo una fracción de la actividad económica, no está exenta de costos y no hay un sendero único. Por ello es que reviste tanta importancia el rol de las políticas nacionales y los esfuerzos de integración regional: no ha llegado el ‘fin de la geografía’. El carácter y la especificidad de las políticas nacionales que se apliquen tienen implicaciones muy relevantes para la vida de los pueblos: también estamos muy lejos del ‘fin de la historia’, pues no hay una forma única de hacer las cosas en lo económico-social. Ejemplos de camino distinto, más funcionales para un desarrollo sostenible, son los esfuerzos de ‘crecimiento con equidad’. La globalización no es un dato, sino que se hace; esto es, se construye con la acción humana, y parte de ella son las políticas públicas. Paradójicamente, en esta época de globalización, los rasgos esenciales para una gobernabilidad mundial más integral y balanceada se han debilitado. Por ejemplo, los esfuerzos de apoyo de las naciones ricas a los países en desarrollo son hoy más débiles, cuando la necesidad es mayor. Los flujos de capitales especulativos se mueven con una supervisión prudencial más deficiente en relación con las necesidades que plantea la enorme expansión de los capitales volátiles. Ello pone de manifiesto, más allá de las reformas a la institucionalidad internacional, la necesidad de una acción más efectiva en el ámbito nacional y regional.”¹

El anterior comentario de F. French, pone en evidencia que el fenómeno de la globalización y su entorno geográfico e histórico es mucho más complejo de lo que a simple vista nos han hecho creer aquellos que hoy ven el desarrollo, únicamente li-

gado al progreso económico y, específicamente a los esfuerzos del mercado.

Pero, si hoy vivimos en torno a este hecho histórico que llamamos globalización, lo primero que debemos procurar, en la medida de lo posible, es tener claro ese concepto histórico-filosófico; pues en él hay mucho de filosofía política y de ideología, ligados al liberalismo y como consecuencia, al capitalismo.

Hay diversas opiniones sobre el momento histórico en que se puede fijar el inicio de lo que hoy llamamos globalización; sin embargo, y para no entrar aquí en polémica innecesaria, aceptemos el criterio más geohistórico: la globalización y el capitalismo surgen desde que, hace un poco más de 500 años, los europeos salieron del mundo conocido por ellos para pisar tierras americanas, africanas y asiáticas, hasta aquel momento fuera de su entorno de conocimiento.

Lo que llamaron globalización no tiene una sola y única definición; por el contrario, según sea la disciplina, cada una de ellas adopta una que le sea afín; así, por ejemplo, para el geógrafo David Harvey, a fines del siglo xx los seres humanos debieron “hacer frente a una abrumadora sensación de compresión de nuestros mundos espacial y temporal.”² Pero qué hizo posible este fenómeno de compresión, que ha afectado toda nuestra vida cotidiana, y que, como lo señala Richard Peet, a llevado a la mayor difusión de opiniones, creencias y gustos, y ha reducido el tiempo que separa los espacios y ha permitido “que una creciente proporción de personas lleve una vida geográficamente esquizofrénica en la cual lo intensamente local se alterna con lo extensamente mundial”.³

Este factor se llama *comunicación*, apoyada por los más sofisticados sistemas cibernéticos; pero cuidado, que no todo lo que brilla es oro. Si bien es cierto que la globalización ofrece extraordinarias posibilidades de conocimiento individual y de pueblos diferentes que enriquece; también puede provocar



la destrucción de “ese potencial intrínsecamente liberador”,⁴ ya que puede ir acompañada o ser producida, por una enorme concentración de poder. Sobre esto el autor Richard Peet ya citado, dice: “los medios de comunicación, que técnicamente aniquilan el espacio, saturan a todos con las mismas imágenes, creando un futuro nuevo y menos agradable al homogenizar lo que necesariamente se transforma en una mera experiencia virtual.”

Sobre este aspecto, Lean Zigler en *Los amos del mundo*, señala que asistimos, desde hace veinticinco años por lo menos, a la creación de un mundo virtual “que no es asimilable al mundo geográfico-histórico tradicional”.⁵ A su vez, el capital que circula se convirtió, también, en virtual, ya que su valor es a juicio del autor, 18 veces más alto que el de todos los bienes y servicios producidos en un año, en todo el planeta. Pero esto también trae otras consecuencias: acentúa las desigualdades, los ricos son cada vez más insultantemente ricos y los pobres son cada vez más espantosamente miserables.

Los que digan que este hecho real no cambia nuestras concepciones sobre el papel de la historia y la geografía no viven la realidad de nuestro tiempo. Marshall McLuhan, con sus estudios sobre los medios de comunicación a fines de la década de 1960 y Zbigniew Brzezinski, con su análisis sobre el comunismo y su caída, previeron la llegada de una revolución electrónica que convertiría a Estados Unidos en “la primera sociedad global de la historia” y el fin de las ideologías. Así, términos como mundialización, multinacionales, transnacionales, empresas sin fronteras, globalización financiera, mundialización de los mercados, capitalismo mundial, etc., se convirtieron en lugares comunes y la historia empezó a dar un giro fundamental que abarcó, igualmente, a la geografía humana en todos sus órdenes y, por supuesto, hasta la propia geografía física.

A lo anterior, se unió un elemento más y de especial importancia. A finales de los años setenta del siglo anterior, bajo la influencia de Milton Friedman en Estados Unidos, y de Van Hayek, en Inglaterra, los ideólogos económicos se volcaron hacia la derecha por la influencia conjunta de dos tendencias crecientes. La primera fue un alejamiento de las ciencias económicas del keynesianismo y el acercamiento al neoclasicismo, influido por la confianza de la Escuela de Austria en los mercados, en oposi-

ción a la regulación estatal y las teorías monetarias de Milton Friedman, que minimizaban, igualmente, la intervención estatal en la economía,⁶ cuyos fundamentos ideológicos estaban en las teorías de Adam Smith y su obra *Estudios sobre la riqueza de las naciones*.

Como bien lo señala el economista argentino Walter Greziano, fue lamentable que estos ideólogos del llamado “neoliberalismo” desconocieran los estudios de otro economista, también premio Nobel: John Nash, quien señaló que Smith no tenía razón en 1776 cuando afirmó en su tesis principal que “el máximo nivel de bienestar social se genera cuando cada individuo, en forma egoísta, persigue su bienestar individual, y nada más que ello”.⁷ Los desarrollos matemáticos de Nash para demostrar su hipótesis y el error fundamental de Adam Smith le valieron el premio Nobel, después de ser perseguido, olvidado y acusado de sufrir severos trastornos mentales, pero que resultaron casualmente oportunos, cuando el mundo se encauzó por ese peligroso camino del pensamiento único que llamamos neoliberalismo, fundamento ideológico de la actual globalización.

Dos hechos históricos marcaron la consolidación definitiva de estas ideas: la elección de Margareth Thatcher en Inglaterra y de Ronald Regan en Estados Unidos, que nombraron en altos cargos a economistas e ideólogos formados en estas escuelas e impusieron su pensamiento a organismos internacionales como el FMI y el Banco Mundial; o también en otros países, a través de políticos y funcionarios formados en esta escuela. Su pensamiento pragmático y utilitarista se dispersó por las propias aulas universitarias y los organismos de gobierno. A su vez, los medios de comunicación se convirtieron en los voceros oficiales y, para que no hubiera fugas inconvenientes, empezó un proceso de concentración mediática a nivel internacional y nacional que permitiera el control del mensaje. Por su parte, los partidos políticos y sus diferencias ideológicas desaparecieron de la escena, convirtiéndose en muchos países en simples organizaciones electorales de un solo pensamiento.

Por último, con la caída del muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética, en 1991, llegó la imposición definitiva de este mundo globalizado, que ha sido magistralmente definido por Ziegler como “una sucesión de islotes de prosperidad y rique-



za, que flotan en un océano de pueblos agonizantes...” para darle un tono geográfico a la definición.⁸

El papel que juegan la geografía y la historia en la actualidad pasa, primero que nada, por la aceptación de que las divergencias entre la visión académica y la tecnócrata no tienen sentido.

La historia, una y mil veces definida y justificada, encuentra que hoy, aparentemente, no tiene un sólido asidero que la justifique. En una sociedad mundial, dominada por el pragmatismo, el utilitarismo y el egoísmo ¿qué sentido tiene ver hacia el pasado? Veamos.

En primer lugar, pretender que la historia tenga un solo método es una equivocación; por el contrario más que unívoco, como dice el historiador mexicano Luis González y González “los historiadores son personas que hacen cosas distintas de maneras muy diferentes, llegan a donde van por muchos caminos...”⁹ Precisamente por esto, es que Lucien Febvre, en su *Combates por la historia*, la señala y califica claramente como “un estudio científicamente elaborado y no como una ciencia”.

Pero Febvre va más allá y establece claramente esa definición de la historia al señalar que es el estudio de diversas actividades del hombre y sus creaciones, amén del marco social que lo acompaña, son “actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la Tierra y la sucesión de las edades...”¹⁰ es decir, la historia es el hombre y su medio; como tantas veces se ha denominado.

Es más, Lucien Febvre con la autoridad académica que le corresponde, señala que no quiso encasillar la historia en la clasificación general de las ciencias, porque limitaría la posibilidad del replanteamiento no “perpetuo y maniático, sino razonado y metódico de las verdades tradicionales, la necesidad de recobrar, retocar y repensar, cuando haga falta y desde que haga falta, los resultados adquiridos para replantarlos a las concepciones, y más a las nuevas condiciones de existencia que nunca acaban de fijarse en el tiempo y los hombres, los hombres en el marco del tiempo.”¹¹

Este planteamiento de Febvre, escrito en 1952, tiene la virtud de su permanencia y actualidad, como toda aquella creación que es inteligente y visionaria. Hoy, más que nunca, la historia es la que tiene por objeto al ser humano, pero no uno abstracto y desgarrado de su entorno; sino que, por el contrario, es el comprendido en el marco de su sociedad, de su

entorno físico y variadas actividades, que hasta pueden llegar a chocar entre sí, pero que, en definitiva, son su *modus vivendi*. Es decir, su identidad.

¿Qué importancia tiene en nuestro tiempo el conocimiento de esas identidades nacionales o regionales?

Mucha. Debido al auge que tuvo a fines del siglo XIX y principios del XX la constitución de Estados nacionales a través de la formulación de identidades propias, basadas en hechos históricos que buscaban exaltar el orgullo nacional; la historia y los historiadores fueron utilizados para la instrumentación de esta política y se convirtieron, como dice el historiador Mario Aiscurri, en “cancerberos de la formación de la *conciencia nacional*”, que utilizaba la educación para dar a conocer lo que podríamos llamar, la Historia oficial. Posteriormente, a lo largo del siglo XX, los historiadores se alejaron bastante de esa tendencia y se inclinaron hacia la historia social y el revisionismo histórico, que permitió algo más importante: dar a conocer la vida de los hombres comunes, la cotidianidad, y con ello la verdadera esencia de los pueblos. Pero a la vez, separó la historia académica y la necesidad social de una historiografía más apegada al hombre en sociedad.

Por eso, hoy que vivimos en un mundo globalizado, en que nos imponen una sola forma de vivir y pensar, esa historia social y de identidades cobra fuerza; sobre todo como un modelo de pensamiento crítico.¹²

Ese desarrollo del espíritu crítico nos permitirá discriminar todos los dogmatismos que, paradójicamente, es lo usualmente utilizado en la época en que, en teoría, existe mayor acceso a la información para formar nuestro propio criterio. Esto permitirá reconocer las tradiciones nacionales no en mortuorias estanterías históricas, sino como herencia activa que nos identifica y, lo más importante, el “reconocimiento de una identidad asociada a la vida y no a un objeto exterior, asociada a la comunidad concreta en que nos desarrollamos y no una estructura abstracta”, ideada en otros ámbitos.¹³

Pero, especialmente en nuestros días, cuando los resultados de las tendencias neoliberales impuestas por la globalización evidencian su fracaso, se está recurriendo al conocimiento del pasado nacional buscando en su sentido, el soporte a necesarias rectificaciones. Por eso, hoy el oficio del historiador y



el papel de la historia quedó perfectamente definido por Alejandro Cattaruzza, al decir:

“Algunos historiadores entendemos que la historia que puede ser útil en estos tiempos es, sobre todo, un modelo de pensamiento crítico. Desde ya, la disciplina así concebida y practicada no puede reclamar privilegios frente a otras ciencias sociales o prácticas intelectuales; no se trata de reducir los múltiples modos del pensamiento crítico al molde de la historia, sino de reinstalarla en el conjunto de saberes y prácticas que merezcan aquel nombre. Ese tipo de historia debe enseñar, en un sentido fuerte del término, a ver problemas donde otras miradas sólo reconocen datos, a dudar de la existencia de una relación transparente y obvia entre los discursos y la realidad, a comprender las mediaciones que se interponen entre aquello que aparece, a primera vista, como causa central de un proceso y sus efectos, a explicar el valor del trabajo intelectual riguroso y de una comunicación de sus resultados que les permita circular más allá de las sectas de iniciados. Sin abolir, naturalmente, la referencia a lo ocurrido en el pasado, entiendo que el aporte mayor residiría en la explicación de nuestro modo de trabajar.”¹⁴

Función de la geografía

Las selvas tropicales en la región amazónica se convertirán, antes del año 2050, en sabanas, ya que se desforesta a razón de 50 000 km² al año, superficie equivalente al tamaño de Costa Rica. En los próximos veinte años están en riesgo de extinción entre 20 y 30% de las especies animales y vegetales; muchas zonas costeras densamente pobladas viven la amenaza de inundaciones por la elevación del nivel del mar, debido al deshielo que ya se produce; y la sombra de grandes hambrunas en Asia y África en los próximos años, debido al calentamiento global, es una verdad incuestionable. Todo esto lo dice el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) en su informe del pasado 6 de abril de 2007.

Informe estremecedor por dos razones: por su realidad y por lo que nos espera, si no cambiamos de actitud. Así, la geografía académica y teórica, casi enclaustrada en las universidades y centros educativos, y también la que algunos han llamado la geografía práctica y aplicada, más tecnocrática tal

vez, sin que esto suene peyorativo, deben ponerse al servicio de esta causa.

En el pasado, por lo menos en muchos países se dio una situación conflictiva entre ambas tendencias; para unos, los estudios académicos eran demasiados teóricos y, a la inversa, los otros se veían como pragmáticos y utilitaristas. Pero hoy debemos tener presente que ni unos ni otros llevan razón, especialmente cuando enfrentamos una catástrofe globalizada, ya que ése es el verdadero calificativo de lo que ocurre. Si buscamos ubicar esta disciplina en nuestro mundo, hay que aceptar que tanto ella como la historia, deben estar orientadas, en su utilidad social, a la solución de los problemas que atañen a la sociedad como un todo.

Dice Antonio Segrelles, refiriéndose al caso de España, que la geografía en este país está “alejada de la sociedad y sirviendo a los intereses de grupos dominantes”;¹⁵ y ¿cuál es la realidad en otras naciones? Posiblemente parecida. Cuando el geógrafo se presta para la elaboración de estudios que justifiquen la explotación de recursos naturales, más con la finalidad de facilitarlos, que de analizar el verdadero impacto ambiental y humano que puedan significar, entra en la definición que nos aporta Segrelles y, lo más grave, no soluciona problemas, sino que se vuelve parte de ellos. Por ello, concuerdo con la siguiente afirmación del autor citado:

“Tanto la geografía práctica como la teórica deben tener siempre presente para qué sirven y al servicio de qué o de quién están. Ahí reside la verdadera esencia del problema y no en elegir de forma excluyente entre un tipo de geografía u otro, ya que ambos objetivos son perfectamente compatibles, como ocurre en otras ciencias sociales, siempre y cuando se investigue con rigor, independencia y compromiso.”¹⁶

También, en un mundo globalizado y competitivo, el geógrafo tiene que estar necesariamente dispuesto al debate permanente y poseer un sentido crítico que le permita la comprensión de las nuevas realidades. Pero, especialmente, debe estar consciente de las presiones a que estará sometido por las nuevas circunstancias; en el pasado otras generaciones de geógrafos tuvieron que enfrentar las que generaban regímenes dictatoriales, militares, y otras formas de poder. Aunque hoy los mecanismos de influencias son menos ásperos y bravíos y sí más sutiles y taimados, la presión y los intereses son casi iguales. Además, dice José A. Segrelles que: “Al



mismo tiempo, la geografía no puede caer en esa mentalidad utilitarista y economicista que algunos geógrafos tanto han criticado en otros profesionales que de alguna manera también intervienen sobre el territorio (ingenieros, arquitectos, economistas, abogados), ya que nuestra disciplina, esencialmente social y humana, no debe perder jamás la perspectiva del hombre y de los colectivos sociales y que sus investigaciones estén al servicio del conjunto de los ciudadanos y no sólo de unos pocos grupos privilegiados...¹⁷

No debemos olvidar entonces que la misión social de la geografía, al igual que la historia, se basan en su capacidad de resolver problemas fundamentales de la colectividad y, por lo tanto, si la globalización lo que hace es definir estructuras en las relaciones económicas a nivel planetario y éstas se ven influidas por las condiciones de vida de una nación en su totalidad o de regiones más amplias, la geografía debe, necesariamente, poner en evidencia la solución de estos problemas.

Para terminar este enfoque sobre el papel de la geografía, encontramos una definición breve y concreta que, acertadamente resume nuestro pensamiento en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Colombia, que dice: "En la actualidad la geografía tiene nuevos retos, como superar las fronteras entre sus mismas ramas y llevar a cabo trabajos que verdaderamente relacionen variables físicas y humanas. La geografía puede brindar herramientas para conocer la historia a través del espacio, para interpretar los factores económicos desde los cambios que se generan en la movilidad espacial, en la localización de poblaciones, en las líneas de transporte y en los flujos de capital. La geografía también aporta en el análisis y resolución de problemas ambientales y en los riesgos naturales. Si los estudios geográficos comprenden acertadamente el medio natural podrán servir para orientar usos más adecuados de los recursos naturales."¹⁸

No hay duda de que el tema de la globalización y su orientación neoliberal es el gran debate de nuestro tiempo. Los intereses económicos involucrados son, muy posiblemente, los más grandes y poderosos en toda la historia de la humanidad; han implicado un proceso de cambio en todos los órdenes del quehacer del hombre, directa o indirectamente, se quiera o no reconocer. Pero de todos los procesos

que ha provocado, tiene preponderancia la pérdida de autonomía de los gobiernos nacionales, ya que han perdido su capacidad histórica para regular su economía y sus políticas sociales. La necesidad de atraer inversiones multinacionales los obliga a ser *competitivos*, sacrificando sus niveles de cohesión social, independencia, libertad política y bienestar social; es decir, afectando su identidad e historia.

A nivel local, las inversiones multinacionales provocan un cambio no sólo en el uso de la mano de obra, sino del medio geográfico, que se ve severamente afectado, por ejemplo, por los niveles constructivos en zonas de interés turístico, o por el uso del suelo para las explotaciones mineras o industriales.

A nivel internacional ya hemos visto las consecuencias, de acuerdo con el último informe de especialistas y científicos. Pero ante este panorama cabe preguntarse: ¿cuál es la responsabilidad del geógrafo, del historiador o cualquier otro profesional en el área de su especialidad? ¿Debe asumir una posición pragmática ante la demanda de estudios y análisis que favorezcan las nuevas condiciones, o debe ser, por el contrario, un actor objetivo que facilite la solución de los actuales problemas? ¿debe entregarse a la vorágine economicista que nos envuelve o debe tener presente su responsabilidad social?

Bien sea con una visión científica-académica o técnico-práctica, hoy el enfoque es netamente ético. El reto por el futuro no se puede medir sólo por la importancia económica o el purismo científico. La responsabilidad es muy grande.

Alguien podrá preguntarse: ¿y qué puedo hacer yo?; ¿qué tanto puede influir mi esfuerzo u opinión personal?; ¿no es un asunto de la gran política y el Estado?; ¿acaso puedo combatir solo a los grandes intereses? Si respondemos no, nos incorporaremos al grupo de indiferentes, que hay muchos, y que evaden su responsabilidad ocultándose en la masa. Por el contrario, decir sí significa ser parte de la cadena de responsables por la vida; es la fuerza de uno más uno más uno, que en algún momento provocará la avalancha; es la responsabilidad de heredar a nuestros hijos no un mundo mejor que el que heredamos, sino algo con perspectiva de futuro.

La tragedia mundial que se nos anuncia no se resolverá con nuestra indiferencia, ni con la irresponsabilidad de otros de poner en duda los estudios y

análisis científicos simplemente porque tocan los intereses económicos de quienes tienen el poder. Allá ellos con su conciencia, su egoísmo y obsecuencia al becerro de oro; hoy los geógrafos e historiadores nos debemos a la humanidad entera. Por esto, para terminar, quiero repetir el siguiente pensamiento de Ernesto Sábato en *La resistencia*: “Les pido que nos detengamos a pensar en la grandeza a la que todavía podemos aspirar si nos atrevemos a valorar la vida de otra manera. Les pido ese coraje que nos sitúa en la verdadera dimensión de hombre. Todos, una y otra vez, nos doblegamos. Pero hay algo que no falla y es la convicción de que únicamente los valores del espíritu nos pueden salvar de este terremoto que amenaza la condición humana.”

- ¹ F. French Davis, Ricardo, “Cómo gobernar la globalización económica”, *Todavía*, Fundación OSDE, Buenos Aires, diciembre 2004.
- ² Harved David, *The Condition of Posmodernity*, Blaalmem
- ³ Peet Richard, *La maldita trinidad*, Editorial Laetoli, Pamplona, 2001.
- ⁴ *Ibidem*.

- ⁵ *Ibidem*.
- ⁶ Ziegler Lean, *Los nuevos amos del mundo*, Editorial Destino, Barcelona, 2002..
- ⁷ Peet Richard, *op. cit.*, p. 25.
- ⁸ Un resumen detallado de este tema se encuentra en el libro de Walter Graciano, *Hitler ganó la guerra*, Editorial Debolsillo. Buenos Aires. 2004.
- ⁹ Zigler Lean, *op. cit.*, p. 38.
- ¹⁰ González y González Luis, *El oficio de historiar*, Editorial Clío, México, 1995.
- ¹¹ Febvre Lucien, *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, 1974, p. 40.
- ¹² *Ibidem*.
- ¹³ Aiscurri, Mario, “¿Para que sirve la historia?”, *Bitácora Global*, Buenos Aires, 26 de agosto, 2004.
- ¹⁴ *Op. cit.*, p. 7.
- ¹⁵ Cattaruzza Alejandro, “La historia en tiempos difíciles, *Todavía*, Fundación OSDE. Buenos Aires, septiembre de 2002.
- ¹⁶ Segrelles José, Antonio, “La geografía y los usuarios de la investigación geográfica en España”, *Scripta Nova*, Universidad de Barcelona, 1/12/1998.
- ¹⁷ *Ibidem*.
- ¹⁸ *Op. cit.*, p. 9.

¡APÚNTATE! GOBIERNO FEDERAL SEP

Más de 35 mil jóvenes instructores atienden la educación de niñas y niños en las comunidades **rurales** más apartadas **del país**

01 800 624 87 33
www.conafe.gob.mx

REALIZAMOS
LA ENCUESTA
QUE USTED NECESITA

CONSÚLTENOS

Tel: 52 11 5268
Fax: 52 11 5320